

Lecturas

LA MENTE DE LOS JUSTOS: POR QUÉ LA POLÍTICA Y LA RELIGIÓN DIVIDEN A LA GENTE SENSATA

Jonathan Haidt

Editorial Deusto, Barcelona, 2019

496 págs.

En las modernas democracias liberales vivimos tiempos de una aguda polarización política en los que las campañas y los debates están dominados por los eslóganes simplistas, el griterío, las acusaciones groseras y el sectarismo, y las razones sosegadas rara vez consiguen tender puentes entre las distintas posturas enfrentadas. Si bien la política profesional ha devenido en una verdadera competición donde los intereses y privilegios en juego pueden estorbar el propósito de un entendimiento común, aquella polarización parece haberse extendido a toda la sociedad, con el resultado de que los ciudadanos de a pie reproducen con frecuencia ese comportamiento forfo e intransigente y son incapaces de entenderse con quienes no piensan como ellos. ¿A qué se debe esta dificultad en comprender los motivos de los otros, incluso en intentarlo, y en encontrar un terreno común? Jonathan Haidt (Nueva York, 1963), psicólogo social, docente en la Universidad de Nueva York e investigador especializado en moralidad, nos proporciona en *La mente de los justos* un mejor conocimiento de los obstáculos y de las humanas limitaciones, tanto naturales como culturales, que dificultan el entendimiento mutuo entre per-

sonas de distintas creencias políticas y morales –entre progresistas y conservadores, por ejemplo, o entre ateos y creyentes– y con ello abre una vía hacia la superación del enfrentamiento entre *tribus* políticas aparentemente irreconciliables y hacia una mayor cooperación.

La mente de los justos se divide en tres partes principales, cada una de las cuales responde a sendos grandes principios de la psicología moral. La primera de ellas gira en torno al primer principio: *la intuición viene primero, el razonamiento es estratégico después*. En ella se aborda la cuestión del origen de la moralidad, y se explica cómo habitualmente las intuiciones morales se presentan en nosotros de modo inmediato, *intuitivo*, para guiar razonamientos *post hoc* pensados para justificar nuestras acciones y creencias y para defender a los grupos a los que pertenecemos. La búsqueda de la verdad moral mediante la reflexión racional no se corresponde con el modo principal en que las personas adquieren sus creencias morales. La respuesta racionalista –Piaget, Kohlberg, etc.–, según la cual la moralidad es autoconstruida por los niños sobre la base de sus experiencias con el daño y del consiguiente desarrollo del sentido de la justicia, se rechaza –apoyándose en un abundante cuerpo de investigación empírica acumulada a lo largo de los decenios últimos, y que nutre el libro entero–, por lo que la moralidad debe ser resultado de la combinación de lo innato y el aprendizaje social. Suscribe Haidt la tesis de Hume de que la razón es sirviente de las pasiones y, en el caso

que nos ocupa, de las intuiciones morales. El autor ilustra este aspecto con la metáfora del *jinete* –la parte racional de nuestra mente– que ha evolucionado para servir a su amo el *elefante* –la intuición moral. Según este esquema los razonamientos morales funcionan más bien como habilidades adquiridas por los individuos para mejorar nuestros procesos sociales y de cooperación, por lo que no entenderemos el razonamiento moral si pensamos en él como algo que las personas hacen por voluntad propia para descubrir la verdad.

La segunda parte desarrolla el segundo principio de la psicología moral según Haidt, a saber, que *hay más en la moralidad que solo perjuicio o justicia*. En las modernas sociedades seculares, herederas del proceso racionalizador de la Ilustración, el dominio moral tiende a limitarse a dos componentes básicos: la preocupación por el daño o el sufrimiento y la cuestión de la justicia o equidad. Pero, si atendemos a la evidencia que proporcionan la etnología y la antropología cultural, no será difícil ver que aquí opera una abstracción reduccionista que responde a una ética individual y de la autonomía, la cual debería ser ampliada al menos con los fundamentos de una ética de la comunidad y de la divinidad –sugiere Haidt en la estela de Richard Shweder. Ello daría lugar a una paleta de seis *receptores gustativos* morales al añadir a las anteriores las intuiciones relacionadas con la libertad, la lealtad, la autoridad y la santidad. Este *modelo intuicionista social* de la moralidad explicaría, por ejemplo, las dificultades con que topa en EEUU el discurso racionalista del Partido Demócrata –y de los izquierdistas o progresistas en general– a la hora de conectar con una amplia base del electorado, los conservadores sociales, al no tener en cuenta suficientemente la relevancia moral que para estos

tienen el orden, la jerarquía, la lealtad o la sacralidad de la familia –la unidad social básica– y al promover políticas que se perciben como una amenaza para la cohesión social. Por el contrario, los republicanos estadounidenses parecen apelar a un número mayor de “papilas gustativas morales” y ser mucho más capaces de dirigirse a aquella parte del electorado con un discurso que habla de manera más directa al elefante, en este caso una intuición moral que tiene muy presente la visión durkheimiana de la sociedad como un *unum* que une y cohesionan a un *pluribus*, una multitud de individuos.

La tercera parte gira en torno al tercer principio: *la moralidad une y ciega*. Una nueva metáfora recoge lo esencial de estos últimos capítulos: «los seres humanos somos un 90% chimpancé y un 10% de abeja» (p. 271). De este modo alude Haidt al carácter *dual* de la naturaleza humana. Somos por una parte seres egoístas que compiten los unos con los otros, y por otra somos seres sociales que se realizan plenamente en, por y para la comunidad; y que son capaces de actos genuinamente altruistas, de entrega desinteresada y de sacrificio –resultado de lo que Haidt llama el *interruptor de la colmena*. Si por una parte la selección natural ha infundido en los individuos un fuerte instinto de autoconservación acompañado de acusados impulsos egoístas y depredadores, la misma lógica evolutiva darwiniana, operando a otro nivel, ha otorgado a los grupos humanos más cohesionados y cooperativos una ventaja competitiva sobre los grupos compuestos de individuos egoístas. Haidt asume así la importancia de la *selección grupal* –que tanto debate suscitó entre los evolucionistas a lo largo de la historia del darwinismo– para el desarrollo de la moralidad humana. Como resultado se ha dado en los últimos cincuenta mil años una coevo-

lución cultura-genes a medida que los individuos pertenecientes a aquellas comunidades exitosas se *autodomecaban*, puliendo –que no superando– su áspera naturaleza animal y adquiriendo rasgos que, como sucede en la abeja, favorecían su capacidad de cooperar por el bien del grupo. Entre estos rasgos Haidt destaca el desarrollo de una predisposición natural al sentimiento religioso, entendido este no como un virus que parasita a las personas para producir en ellas la superstición, la intolerancia y otros efectos perniciosos – como sostiene el Nuevo Ateísmo militante de un Richard Dawkins o un Sam Harris– sino como una intuición moral que, siguiendo a Durkheim, sacraliza aquello que es susceptible de crear comunidad y así cohesionar una sociedad que se extiende mucho más allá de los meros lazos de parentesco.

En esta línea durkheimiana, Haidt nos proporciona una definición de sistema moral como un «conjunto de valores, virtudes, normas, prácticas, identidades, instituciones, tecnologías y mecanismos psicológicos evolucionados que trabajan para suprimir o regular el interés propio y hacer posibles las sociedades cooperativas» (p. 387). Por tanto la moralidad principalmente une, pero también acarrea un coste importante, ya que entre esos mecanismos psicológicos que favorecen la cohesión grupal se cuenta la capacidad de aceptar acríticamente aquellos aspectos que nos confirman y refuerzan en nuestras intuiciones morales. La moral, por tanto, también ciega. Por otra parte, aunque relacionada con este aspecto, tal y como reconoce el propio autor esta definición funcionalista de moralidad daría altas notas a sociedades fascistas, partidos estalinistas o sectas religiosas destructivas. Por tal motivo no se puede prescindir del proyecto de la ética normativa.

Sin embargo, aquel que aspire a desvelar la *verdad moral* tal vez acoja con reservas la propuesta de Haidt que, especialmente en la parte primera parece desvalorizar la imprescindible reflexión racional y filosófica al hacerla subsidiaria de nuestras emociones e intuiciones morales. Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que el autor adopta un enfoque *descriptivo* de la moralidad dentro del marco de la *ética experimental* y que acude a los resultados de las investigaciones en neurociencia, evolucionismo, genética y psicología moral para determinar *lo que las personas piensan que es moral*. Si bien se acepta que el razonamiento importa, si lo que deseamos es influir en la opinión de los otros deberemos apelar a su *elefante*, y cualesquiera razones que podamos proporcionar, por muy plausibles que sean, serán casi siempre estériles en cuanto que resulten contrarias a sus intuiciones morales, ya que “los elefantes mandan”. En todo caso conviene señalar que, aunque el enfoque de Haidt es empirista y descriptivo, en nuestra opinión la identificación de seis fundamentos morales básicos comunes a todas las personas –si bien ponderados de distinta manera por cada uno– constituye un elemento universalista que le aleja del relativismo moral –del que el propio autor se desmarca explícitamente (p.164).

Aún hay que añadir otro factor divisivo y que dificulta el acuerdo en asuntos ideológicos: nuestros genes, al regular el funcionamiento de ciertos aspectos neurológicos, producen en nosotros determinados *rasgos disposicionales* que hacen que las personas sean más o menos propensas a las experiencias novedosas y extrovertidas, más o menos miedosas, y con una mayor o menor necesidad de orden y estructura en sus vidas, lo cual lleva a que sean liberales o conservadoras. Este factor genético, sos-

tiene Haidt, sería mucho más explicativo respecto a la variabilidad ideológica de las personas que la educación, el entorno cultural o el ambiente familiar.

Al terminar estas páginas, la pregunta que puede rondar a más de un lector o lectora quizá sea: además de razonamiento motivado y autojustificación, en nuestra vida moral ¿hay algún espacio para cierta búsqueda desinteresada de la verdad y la justicia? Si como apunta el psicólogo neoyorquino nuestra moral y nuestra ideología están fuertemente determinados por nuestras intuiciones pre-rationales, y si las razones que esgrimimos son casi siempre justificaciones *post hoc*, aquejadas de un sesgo confirmatorio, de creencias escasamente flexibles, la vía hacia el común entendimiento difícilmente puede consistir en una deliberación racional que aspire a determinar qué fundamentos morales y qué principios políticos son preferibles a otros. La vocación de conciliación y moderación en Haidt –que se declara centrista– solo puede plasmarse, desde su postura intuicionista –no diremos “anti” pero sí “no racionalista”– en una especie de sincretismo que pasa por abrir nuestras mentes a las cosas buenas que los otros tienen que ofrecer –ya sea el necesario papel de un gobierno democrático como limitador de los excesos de las grandes corporaciones, la superior eficacia y eficiencia de los “mágicos” mercados, o la preservación de las tradiciones sociales y de las creencias religiosas que dotan de cohesión a nuestras sociedades y posibilitan su pervivencia. Posiblemente encuentren los filósofos y las personas que ideológicamente se sitúen fuera de ese ecléctico centro político argumentos para criticar *La mente de los justos* –sobre todo en sus páginas finales–, pero ello no obsta para que la obra posea el indudable valor de proporcionar una mejor comprensión de los mecanismos que muchas

veces se encuentran detrás de nuestras creencias ideológicas y morales. Mecanismos que, incluso si no se consideran fatales o insuperables, habrán de ser tenidos en cuenta en todo caso si lo que se pretende es destensar progresivamente la polarización social –agravada en tiempos de “redes sociales” que tienden a recluinos en “cámaras de eco”– y avanzar hacia una sociedad colectivamente más reflexiva, respetuosa y sensata.

Octavio Arriola, Rocío Culebras y Krasimir Nikolaev

Estudiantes del grado en Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid

ROUTLEDGE HANDBOOK OF MIGRATION AND DEVELOPMENT

Tanja Bastia y Ronald Skeldon (eds.)

Routledge, Londres, 2020

622 págs.

La relación entre la migración y el desarrollo es heterogénea y compleja. Hein de Haas, en su publicación «Migration and Development. A Theoretical Perspective» (2010), a través de una reconstrucción del debate sobre el nexo migración-desarrollo, argumenta cómo una perspectiva meramente economicista de dicha relación no es suficiente para explicar su complejidad y heterogeneidad. El nexo migración-desarrollo, además de ser complejo y heterogéneo, es político (cap. 51). Los significados y las concepciones construidas en torno a estas dos dimensiones, y a las maneras en que se relacionan, están marcados por elementos culturales e ideológicos que se traducen en políticas públicas e intervenciones directas. En este sentido, desde las ciencias sociales

y otras disciplinas se vio necesario impulsar una complejización del estudio de este vínculo incorporando perspectivas que relacionen lo estructural con el impacto en los contextos particulares, y reconfigurando el análisis a partir de categorías como el género, la raza o etnia y la clase social.

El *Routledge Handbook of Migration and Development* (2020), editado por Tanja Bastia y Ronald Skeldon, es fruto y reflejo de esta tensión y se propone como un importante texto de referencia en el debate sobre migración y desarrollo. El texto está dividido en 7 apartados que recogen de 7 a 10 capítulos breves cada uno –que suman, en total, 55 contribuciones de expertos/as en la temática– y se distingue por su carácter multidisciplinar. El propósito de los autores es hilar perspectivas y líneas de investigación que abarcan un amplio abanico de disciplinas para ir más allá de la sectorialización disciplinar y la fragmentación. Para ello, el texto recoge perspectivas teórico-conceptuales y casos de estudios que engloban los movimientos de las poblaciones en sentido amplio, incorporando los retornos, movilidades breves o largas, circulares, etc. Esta tarea permite evidenciar cuáles han sido los temas más relevantes en el proceso de construcción del conocimiento sobre migración y desarrollo y cuáles han sido menos investigados o invisibilizados.

Dada la diversidad de temáticas y la extensión del texto, la presente reseña recoge un análisis sobre el contenido general de los apartados, prestando especial atención a algunos aspectos específicos que se han considerado más relevantes. Por un lado, se reflexiona sobre la diversidad de su contenido y, por el otro, sobre la articulación de las tendencias macro de las narrativas y las prácticas relacionadas con el nexa migración-desarrollo con su traducción en lo particular.

De manera general, los distintos capítulos componen un marco de lectura sobre migración y desarrollo que nos permite abordar esta compleja relación de forma más exhaustiva (p.3) promoviendo una profunda revisión sobre la actualidad del debate (apartado 1), su dimensión estructural (apartados 2, 4 y 5), su diversidad (apartados 6 y 7) y su dimensión cultural y local (apartado 3).

Con el fin de facilitar una contextualización teórico-conceptual del nexa migración-desarrollo, el primer apartado del libro presenta el recorrido del debate crítico y multidisciplinar y nos sitúa ante las nuevas líneas de investigación. Desarrollo y migración son dos conceptos complejos, de múltiples conceptualizaciones que han ido reconfigurándose a lo largo del tiempo: ¿Qué es desarrollo? ¿Cómo concebimos y construimos a la migración? ¿De qué manera se ha construido, y construimos, su relación? En este apartado se retoman críticamente los principales enfoques desarrollados sobre el vínculo, poniendo en evidencia la necesidad de concebir a la migración en sentido amplio, insertándola en dinámicas globales de movilidad. En este sentido, las aportaciones de los autores y autoras de los demás apartados hacen referencia a las dimensiones económicas, sociales y culturales de realidades migratorias diversas.

El género (cap. 9), el envejecimiento (cap. 19), los derechos humanos (cap. 25), las políticas de “retorno” (cap. 31) y el cambio climático (cap. 35) son solo algunos ejemplos de la diversidad tratada en el *Handbook*. La configuración de la movilidad según categorías como la edad, el género, la raza, la clase social, etc. abre el campo de estudio a experiencias increíblemente diversas y mayoritariamente silenciadas en el debate sobre migración y

desarrollo. Esta tarea fomenta el planteamiento de preguntas sobre cómo las dinámicas globales y las estructuras de desigualdad inciden en las experiencias de segmentos de población insertos en dinámicas migratorias, pero considerados con menor relevancia en las políticas públicas o en la literatura. El apartado 6 del libro, por ejemplo, recoge diez casos de estudio de corredores migratorios alrededor del mundo entre los más y menos conocidos, favoreciendo la apertura a nuevas perspectivas y a la comparación entre realidades.

En el texto, la profundización de campos de estudio desde una perspectiva macro se articula con experiencias presentadas desde la perspectiva micro de los contextos locales. De esa forma, la interrelación temática facilita tanto la comprensión de las lógicas y tendencias globales de construcción del nexo migración-desarrollo (ej. apartado 4), como su manifestación en los contextos particulares —el ámbito familiar o las realidades migratorias específicas (apartados 3 y 6). Esto nos permite reflexionar críticamente sobre varios aspectos: ¿según qué proceso la migración, en su vínculo con el desarrollo, se ha vuelto un problema central de las políticas a nivel global (apartado 4)? ¿cómo se está reconfigurando este vínculo en la arquitectura de las políticas públicas? El análisis de las narrativas y prácticas impulsadas por actores protagonistas de las *políticas* a nivel global, como son las Naciones Unidas (cap. 25 y 26), nos ayuda a comprender los procesos de cambio en las lógicas globales de actuación en el espectro de la migración y el desarrollo.

Con el propósito de comprender las dinámicas concernientes al vínculo migración-desarrollo en su complejidad, se considera fundamental resaltar las maneras en que lo estructural desciende y se

traduce en los contextos particulares. Esto, en su articulación con categorías centrales que atraviesan el proceso migratorio como son el género, la clase, la raza o etnia, la edad, etc. En este sentido, se considera al vínculo entre migración y desarrollo como marcadamente político. Las conceptualizaciones de las dos dimensiones que construyen el vínculo se cruzan con las relaciones de poder, jerarquías, tejidos sociales y pautas culturales de los contextos particulares. Estas diferenciaciones tienen implicaciones distintas para los sujetos insertos en dinámicas migratorias y marcan su experiencia de movilidad o inmovilidad. El *Handbook* recoge estas tensiones en muchos de sus capítulos, participando en enriquecer y complejizar el debate sobre el nexo migración-desarrollo y sus actuales procesos de reconfiguración.

Acorde con la diversidad que distingue este *Handbook*, el último apartado del libro (apartado 7) se enfoca en las «traducciones locales» del vínculo migración-desarrollo, presentando estudios referentes a grupos culturales y lingüísticos distintos. Por cuanto es tarea difícil delimitar el debate a un contexto “nacional”, la sección tiene el propósito de diversificar el diálogo a través de la inclusión de perspectivas histórica y geográficamente distintas. Los editores se proponen salir de las líneas de estudio hegemónicas anglosajonas y facilitarnos un acercamiento a otros contextos incluyendo perspectivas de la literatura francesa, alemana, española, brasileña, latinoamericana, rusa y china. Esta apertura es una importante oportunidad de enriquecimiento, dado que nos consiente explorar la diversidad y abrir el diálogo a otros espacios.

La amplitud y la diversidad de líneas de investigación presentes en el *Routledge*

Handbook of Migration and Development pueden llevar a un primer sentimiento de confusión, sobre todo para investigadores e investigadoras que recién se están aproximando al campo. No obstante, en la publicación se manifiesta el carácter multidimensional y diverso del vínculo migración-desarrollo que conlleva la necesidad de construir un debate que tenga en cuenta su heterogeneidad y complejidad. En este sentido, el trabajo realizado por Bastia y Skeldon es un esfuerzo fundamental y una oportunidad de integración e interrelación de perspectivas en un campo tan multidisciplinar como es el del vínculo migración-desarrollo. El trabajo realizado por los editores fomenta un espacio de reciprocidad de conocimientos a través del cruce de perspectivas, que no solo nos sitúan críticamente ante el debate actual, sino que también nos facilita un acercamiento a temas de interés específicos, a la exploración de líneas menos investigadas, al entrelazamiento de perspectivas y a la puesta en evidencia de tensiones y contradicciones que se generan entre las distintas perspectivas.

Por último, cabe resaltar que la importante contribución del *Routledge Handbook of Migration and Development* reside en proponerse como una contra-narrativa a la construcción determinista y lineal del nexo migración-desarrollo preponderante en la agenda política internacional. El paradigma predominante en el diseño de las políticas públicas internacionales sigue construyendo a la migración como problema de desarrollo, desde las lógicas securitarias y de gestión (ej. cap. 26 y cap. 51). Esta construcción mira a la migración como un asunto medible y gobernable a través del desarrollo, vehículo de intervenciones finalizadas a la “prevención” y al cambio. Sin embargo, a lo largo del texto se demuestra como la relación causa-efecto empleada por muchas políticas

es, en realidad, una esencialización y construcción finalizada al cumplimiento de objetivos políticos restrictivos que no recogen evidentemente la complejidad ni las peculiaridades de los contextos a nivel global. En este sentido, y en lo expuesto en la presente reseña, se considera el *Routledge Handbook of Migration and Development* como una publicación de referencia para investigadores e investigadoras interesados en explorar el debate actual del vínculo entre migración y desarrollo desde una perspectiva multidisciplinar y diversa.

Valentina Benincasa

Doctoranda del programa de Sociología y Antropología en la Universidad Complutense de Madrid

EL GOLPE DE ESTADO COMO ESPECTÁCULO. MATERIALES PARA UNA TEORÍA CRÍTICA DEL PODER

Fernando Oliván López

Ediciones el Garaje, Madrid, 2020

182 págs.

En el complejo panorama editorial al que nos ha conducido la Pandemia de la COVID-19 hay una obra que destaca y que me ha interesado especialmente. Me refiero a estos “Materiales para una teoría crítica del poder” que el profesor Oliván publica bajo el título de *El golpe de Estado como espectáculo*. El combinado de los dos títulos que recoge la portada del libro ya nos da algunas claves. Estamos ante una obra de un cierto carácter bifronte: por un lado nos encontramos ante un libro sin duda científico, es decir, un instrumento, me atrevería a decir que magní-

fico, para ese análisis del poder (análisis verdaderamente urgente y necesario, dado sobre todo los tiempos que nos está tocando vivir); pero también estamos ante una obra de fuerte carácter literario.

Son tres los factores que quisiera reseñar en este comentario del libro. Dejo a la lectura del mismo ese desentrañar de la totalidad de sus contenidos, pues, nuevamente, como ya hizo en anteriores libros, el profesor Oliván resulta enormemente creativo, de hecho su escritura es conformada sin el empleo de citas, circunstancia habitual en otros manuscritos y que es digna de reconocimiento ante el modelo de escritura académica preponderante de carácter apalancado, es decir, hablar por boca de otro u otra de manera recurrente. Pero como digo, para esta nota me conformo con proponer estos tres aspectos que no solamente llaman poderosamente la atención, sino que resultan sumamente interesantes.

De entrada, como decimos, ese sustrato inequívocamente científico. Oliván viene diseñando desde hace ya varios años toda una línea de investigación que ya empieza a dar grandes frutos. Estamos ante un trabajo que profundiza en la sustancia del poder en el espacio del Estado como lo hacen pocos. Su mirada, aunque va dirigida a la realidad actual que vivimos –ese es su principal interés– se levanta, gracias a una erudición ya poco corriente y hercúlea, sobre el análisis de casos y acontecimientos de todo nuestro espacio cultural. Sin embargo, en esta obra no se busca un discurso cerrado y completo, tal y como hace, por ejemplo, en su última publicación, *La democracia inencontrable* (Tirant, 2019). Aquí su propuesta queda más abierta, la brevedad de los capítulos y su división interna manifiestan ya una voluntad fragmentaria alejada del modo sistema, lo que le permite, a través de un

trabajo no excesivamente largo, hacer un recorrido de gran profundidad sobre una multitud de aspectos.

En todo caso, van a ser dos los ejes temáticos sobre los que trabaja su reflexión. De entrada, el tema del cambio político, es decir, esos momentos en los que, dentro de esa unidad de poder constituida por el Estado, se produce la sustitución de la cabeza ejecutiva. El Estado –esta es la tesis central del autor y sobre la que viene trabajando desde hace más de una década– ha funcionado bajo la mecánica de la bola de nieve. Nacido allá a finales de la Edad Media, se nos presenta en un principio como un aparato pequeño y débil, para ir acumulando poder, vuelta a vuelta, siglo a siglo, hasta convertirse en la máquina de dominación más perfecta jamás concebida por la historia. Como anota el editor en la contraportada, el Estado moderno es el modo de organización política de más alta perfección sistémica.

Con ello se avanza en una lectura que ya encontró su análisis teórico en *Antropología de las formas políticas en occidente*, el carácter artificial del modo Estado. Frente a otras formas de organización social como la familia, la tribu, la gens, la horda, por ejemplo, donde de una forma u otra podemos detectar fundamentos que pudiéramos denominar “naturales”, en el caso del Estado estamos ante una construcción radicalmente artificial, un modo de organización comunitaria diseñado desde un principio para el control de la comunidad política y la expansión de esta dominación. Es decir, el Estado tiene una fecha de nacimiento y, por ello, posiblemente tendrá también un momento de extinción. Oliván data el acontecimiento de ese nacimiento en ese tiempo que la historiografía clásica denomina Baja Edad Media y Renacimiento, es decir, entre los siglos X y XIV. Con ello, el modo Estado

se distingue, por un lado, de esas otras formas a las que hemos calificado de “naturales” y que el profesor Oliván vincula al derecho privado, tales como la esfera de la familia, pero también de esas otras formas asociadas a lo que el autor denomina “El milagro griego”, es decir, la *polis* y su invención de lo público.

Público y privado se oponen así, no solo como las dos esferas de convivencia social, sino como dos realidades históricas que desarrollan dos formas radicalmente distintas de organizar el poder. La tesis de Oliván es que, el Estado, aún naciendo dentro de la realidad de ese modo configurado por la política (es decir, en el marco del espacio público) recrea, en su cúpula, las formas privatistas de organización del poder. En definitiva, tras el fracaso de la *polis* con la crisis del Bajo Imperio, y que se arrastrará a lo largo de toda la Edad Media, en esos siglos que van del X al XIII se diseñará, fruto del trabajo de las universidades y con el apoyo del descubrimiento del Corpus Iuris Civilis justiniano, un nuevo modo de organización política: el Estado moderno.

Ahora bien, también desde sus orígenes, el Estado, los Estados, tienen un punto débil, es el momento del cambio político. En esos momentos de sustitución del poder, ya sea por la muerte del rey, la crisis de un gobierno, el agotamiento de una legislatura, el surgimiento de otras fuerzas o la pérdida de confianza en la mayoría, y que inevitablemente se dan cada cierto tiempo, el aparato político entra en una crisis que amenaza con destruirlo. Es ahí donde el autor centra su análisis pues es en esos momentos de cambio cuando el cuerpo del Estado se contempla en su máxima desnudez. Los juristas, como los sacerdotes de las viejas religiones, nos dice, se aprestan a borrar esos detalles. La ideología, la propaganda y el derecho

se afanan en cubrir, con el velo de la legalidad, las vergüenzas del emperador desnudo. Sin embargo, son momentos de horror repletos de violencia. Walter Benjamin los describe como la confrontación entre el poder constituido, empeñado en negar todo cambio, y un poder constituyente que busca abrir nuevos ciclos. Es a esto a lo que llamamos “cambio político” y a lo que el autor, analizando las fortísimas dosis de violencia física y simbólica que se movilizan, denomina «golpe de Estado».

Si este es el eje central que unifica esta obra con anteriores trabajos, hay aquí también un nuevo eje, justamente ese que da razón de ser al título del libro: «El golpe de estado como espectáculo». Es decir, frente a los otros modos de organización social de tipo familiarista, es decir, esas tribus, gens, hordas, etc., donde el cambio se produce siempre en la intimidad de “la casa” –Oliván lo describe como la alcoba–, en el modo Estado esos cambios requieren de una espectacularidad propia. Es decir, en el modo Estado, esos momentos de cambio se presentan bajo la forma del espectáculo. Una teatralidad que, en el espacio que ocupa occidente, constituyen desde siempre el mayor espectáculo del mundo.

Para explicar este fenómeno, Oliván recoge un viejo mito que sobrevivirá en Roma casi hasta tiempos históricos, el conocido como “Rey del bosque”. Frazer, en *La rama dorada* (FCE, 2011), nos describe esta leyenda del siguiente modo. En la región de Nemi, entre los montes Albanos, había una tradición que, a nuestra mentalidad, resulta absolutamente incomprendible. En el bosque vivía un ermitaño que era reverenciado como un verdadero rey, sin embargo, estaba sometido a una ley inexorable: para alcanzar ese reinado tenía que asesinar al anterior titular del

reinado. Con este crimen se convertía en rey, pero a la vez sabía que, en algún momento, otro con mayor fuerza o fortuna le asesinaría, convirtiéndose, como le sucedió a él en su momento, en el nuevo Rey del Bosque. La crueldad de este mito no oculta, sin embargo, una enseñanza interesante: la institucionalización de la violencia. Una violencia convertida en ley. Oliván aprecia ahí el origen mítico si no del sistema Estado, sí al menos de su sistema de cambio de poder. Es lo mismo que estemos ante una sucesión monárquica, o cambio de mayorías, el resultado de unas elecciones o, directamente ante un pronunciamiento militar, en todos ellos, en esos momentos de cambio, el poder deja abiertas sus vulnerabilidades y, con ello, la fragilidad de todo su aparato. La función de la ideología, con sus juristas y sacerdotes, no ha sido otra que ocultar esta debilidad sistémica. El convertirla en espectáculo, esta es la tesis de Oliván, ha sido quizá, su mejor hallazgo.

El segundo factor, de esos tres que anunciaba al principio, no es otro que una interesantísima propuesta lingüística. No quiero alargarme sobre este punto. El lector encontrará un buen manojo de casos. Como venimos insistiendo, para Oliván el lenguaje es parte sustancial de la realidad social, y por ello es un instrumento básico en la acción política. Los términos no son nunca neutros. La guerra por una democracia real encuentra ahí, en el vocabulario, uno de sus escenarios más tensos y nuestro autor no elude esta batalla. Recojo, como mero ejemplo, dos casos. Me ha gustado especialmente una propuesta en un tema muy actual. Frente al uso normalizado de términos como «violencia de género», incluso de «violencia machista», y que ya empiezan a perder su carga militante, nos propone el concepto de «violencia patriarcal». Para Oliván el conflicto no está ni en el espacio de la pluralidad

de identidades, eso de los géneros, ni en la condición biológica, sino en la vinculación de esas diferencias con los modos de dominio, de ahí que opte por el concepto de «violencia patriarcal». Al identificar esa violencia con los usos patriarcales alcanzamos a comprender su proyección, no solo contra la mujer, sino también contra todos los sujetos históricamente sometidos a su dominio.

El otro uso lingüístico que anoto es la distinción, con fuertes dosis de benjaminitismo, entre «violencia» y «brutalidad», a la que a veces denomina también «bestialidad». Con ello, Oliván busca salvar el concepto de violencia de una condena sin matices, ese «rechazo la violencia venga de donde venga» que tanto gustan decir los malos políticos. La violencia –esa es su tesis– no solo puede ser buena y creadora, también es, en no pocos casos, necesaria. Es el caso de esa «violencia constituyente», la «desobediencia civil» o de esa violencia –pienso en el Rey del Bosque– que permite, a lo largo de siglos y generaciones, la subsistencia del Estado. Frente a violencia, Oliván nos propone, como ya hemos dicho, el concepto de brutalidad/bestialidad. Frente a una violencia vinculada al espacio público, este segundo concepto remite a los espacios privados de la familia y la casa. No sin humor nos dice así que el golpe de Franco no fue violento, ya que el general renegaba de la política, sino que fue directamente brutal. Con su golpe de Estado no solo destruyó el espacio público construido por la República, sino que sometió a todo el país, como nuevo monarca, al dominio de su casa: la Casa del Generalísimo.

El tercer factor que resalto, y aunque lo dejo para el final, es al menos para mí, quizá, el más importante, es el tema del estilo. Me explico. Ya en un anterior libro,

Antropología de las formas políticas en Occidente (Guillermo Escolar ed., 2018), Oliván se planteó las relaciones entre filosofía (y aquí incluía el espacio específico de las ciencias) y literatura, proponiéndonos una lectura común, y en cierto grado homogénea, entre todas las formas de expresión del espíritu (en esa obra nuestro autor incorpora también los objetos intelectuales que constituyen la economía, la política y la misma religión, manifestaciones, nos insiste, del acontecimiento artístico); no es este el tema sobre el que reflexiona este libro, pero me viene a la mente este asunto por esa inequívoca voluntad de estilo que, si en trabajos anteriores se refleja en el cuidado de la expresión de frases y temas, en el presente caso pasa a convertirse en verdadero protagonista de la escritura. En definitiva, estamos ante un texto que no rehúye, en absoluto, la voluntad literaria. Anoto esto porque, día a día, los textos de vocación científica se alejan cada vez más de una auténtica calidad en la escritura. Esta obra, por el contrario, manifiesta expresamente su voluntad de estilo.

La obra juega así, explotando el tono irónico, con la realidad política configurándola bajo el formato de las reglas del teatro. Esto da pábulo al autor para, como hemos dicho, titular algunos de los capítulos del libro: «el escenario», «los protagonistas», «el coro», «la trama», «los ritmos», etc. Esto le permite explotar, con enormes dosis de libertad, la función teatral de todo poder. Pero también, con ello, se permite colar otra enseñanza: la auténtica democracia, es decir, la realidad de un poder asentado en el pueblo, solo llega cuando esos espectadores irrumpen con descaro en el espacio del juego.

Arturo Luque González
Universidad Técnica de Manabí
(Ecuador)

CONTRA LA DOCTRINA DEL SHOCK DIGITAL

Adrián Almazán y Jorge Riechmann
(eds.)

Centro de Documentación Crítica,
Ciempozuelos (Madrid), 2020

156 págs.

Explicaba Joseph Tainter en *The Collapse of Complex Societies* (1988) que un factor decisivo que lleva históricamente a las civilizaciones a entrar en procesos de colapso y que, al mismo tiempo, constituye una señal de que se ha entrado en ellos, es el declive de los rendimientos marginales de la complejidad. Es sabido que una característica inherente al proceso civilizatorio desde sus albores es la estrategia de resolver problemas mediante incrementos de la complejidad. Cuando se dispone de un flujo extra de energía (fuego, animales de tiro, agricultura... carbón, petróleo, gas natural, uranio...) la tendencia es a aplicarlo a dichos problemas incrementando la complejidad social, y por tanto también su ritmo metabólico. Así, si una sociedad recolectora-cazadora experimentaba una época de sequía, simplemente migraba a otro lugar con mejores condiciones. Pero si una sociedad sedentaria y agrícola experimenta esa misma situación se embarcará en transformaciones de alto coste energético, como la creación de canales de irrigación. Esto suele conllevar la aparición de nuevos problemas que hay que resolver a su vez incrementando más la complejidad y, por tanto, generando nuevos problemas: es la denominada trampa de la complejidad.

Esto puede prolongarse a lo largo de los siglos hasta que se alcanza un punto en que las ventajas que obtiene la sociedad por cada aumento de complejidad co-

mienzan a decaer: cada vez cuesta más esfuerzo lograr alguna mejora, estas son cada vez menores, y llega el momento en que el simple mantenimiento de la complejidad existente comienza a exigir más y más energía (el efecto Reina Roja, en honor al personaje de Lewis Carroll). En última instancia la sociedad comienza a perder complejidad y entra en lo que Tainter denomina colapso (esto es: una reducción brusca y profunda del nivel de complejidad).

La apuesta por la quinta generación de telefonía móvil es un moderno ejemplo de este proceso y un claro aviso de la llegada de nuestra civilización industrial a dicho punto de inflexión. Si nos remontamos al inicio de la telefonía deberemos reconocer que supuso un salto de enorme trascendencia en las capacidades sociales de comunicación a distancia, con un coste relativamente bajo en instalación de líneas de par trenzado y en construcción de centralitas y terminales, relativamente sencillos de fabricar con la tecnología del momento: la curva de rendimientos de la complejización en esta área tecnológica comenzaba con una pendiente elevada. La puesta en marcha de la primera generación de telefonía celular (analógica, en 1979) fue otro salto notable en las capacidades de telecomunicación, al independizarlas de un punto fijo de conexión. Las inversiones comenzaban a complicarse, pues ya no servían los millones de km de cables de la telefonía fija y se necesitaba instalar antenas allí donde quisiera ofrecerse cobertura.

La siguiente generación, la 2G, supuso otro paso relevante de la mano de la digitalización, aunque realmente el gran avance de liberarse del punto fijo de conexión se había producido ya en la fase anterior. La 3G aportó después la primera conectividad a Internet, y comenzaron a

introducirse los *smartphones*. A cada salto, el coste en terminales, nuevas antenas, sustitución de las antiguas y consumo energético, debido sobre todo a la ampliación de la cobertura y al incremento del tráfico de datos, fue aumentando de manera considerable. La 4G apenas supuso, desde el punto de vista de la funcionalidad, más que una ampliación en el ancho de banda (más velocidad). Y en ese punto estábamos cuando la industria decidió dar un nuevo salto e inventó la 5G cuyos costes anunciados resultan descomunales no sólo en instalaciones nuevas (incluidos miles de satélites) sino también en consumo energético (varias veces el de la 4G). Y toda esta nueva complejidad, ¿para solucionar qué problema social, exactamente? Entre las funciones nuevas que se han anunciado se incluyen la llamada "internet de las cosas" (conexión domótica de electrodomésticos, por ejemplo), la conducción de vehículos autónomos, la descarga casi instantánea de películas, la comunicación más rápida entre robots en las fábricas o la posibilidad de realizar operaciones quirúrgicas a distancia. A nada que se sopesen costes contra beneficios parece claro que hemos llegado a unos escasos rendimientos sociales comparados con el salto de complejidad/energía/recursos que se nos propone (o más bien se nos impone, puesto que los planes de despliegue están ya en marcha, con un nulo debate público).

En este contexto es en el que se publica un pequeño pero bien armado arsenal defensivo contra la 5G en forma de libro. Sus coordinadores (y autores de buena parte de los textos) son Adrián Almazán y Jorge Riechmann, representantes de dos generaciones de filósofos implicados en la lucha ecologista más consciente, y que se están destacando en estos últimos tiempos por una crítica radical al desplie-

gue de la tecnología 5G en nuestro país, con contundentes textos como los incluidos en esta recopilación bajo el título *Contra la doctrina del shock digital*.

Los numerosos argumentos con que los autores atacan la irracionalidad e inconveniencia del despliegue antidemocrático de la quinta generación de telefonía móvil abarcan tanto cuestiones sociopolíticas (ampliación del control y vigilancia de la población) como de salud (principio de precaución ante la posible nocividad reconocida por la propia OMS de las radiaciones electromagnéticas, que ahora serían ampliadas) o de coste de oportunidad en un contexto de declive energético y material, una cuestión esta que aún no resulta suficientemente conocida para los movimientos en defensa de la privacidad o de la salud, y por tanto especialmente pertinente en una obra de este tipo, con vocación de abarcar todo el espectro del activismo social.

Los cinco artículos y un manifiesto que conforman esta obra fueron publicados previamente en medios como *Ctxt.es*, *El-Diario.es*, *Ecologista* y la revista *15/15*. Su reunión en forma de libro no podría ser más oportuna, a las puertas de una irrigación masiva con fondos europeos de todo tipo de entelequias más o menos disparatadas y peligrosas, pero todas ellas marcadas por los valores sagrados para la cultura hegemónica: innovación, tecnología y modernización, recargados ahora por el poder mágico de la descarbonización (mágico puesto que no se sostiene en los hechos empíricos que lo digital esté exento de emisiones de CO₂, más bien todo lo contrario). A los autores españoles, con Almazán y Riechman a la cabeza, se une en el primero de los textos, el que introduce el concepto de doctrina del shock digital, el colectivo francés Écran total.

Si estábamos inmersos ya en el más descomunal experimento jamás realizado con seres humanos (en realidad nadie sabe cómo afectarán a largo plazo las masivas e ubicuas radiaciones de microondas a nuestra especie ni a otras), a este hecho no reconocido se unirá ahora una multiplicación de las capacidades de control y vigilancia ya existentes sobre las poblaciones y un derroche inhumano de recursos energéticos y materiales (nunca revelados oficialmente) para multiplicar las infraestructuras necesarias para una 5G que apenas una minoría elitista deseaba. Hay quien afirma que la 5G es a nuestra civilización como la construcción de moais fue a la antigua civilización de Rapa Nui, un delirio megalomaniaco, una huida hacia adelante que solo sirvió para acelerar la caída en el colapso más atroz.

Personalmente echo de menos en esta obra una exploración más profunda de la relación con la doctrina del *shock* descrita por Naomi Klein en su conocida obra de 2007. El título del libro sugiere una conexión muy interesante, aunque quizás hubiese sido más adecuado titularlo «Contra la doctrina digital del shock», puesto que lo que es digital es más bien la aplicación de la doctrina y no el propio *shock*, que en este caso se trata de la pandemia de COVID19. Las pistas más importantes acerca de esta aplicación digital de la doctrina general descrita por la autora canadiense las encontraremos en el primero de los textos que conforman el libro, donde se nos advierte de que «el centro» de dicha doctrina consiste en «la intensificación de la digitalización de la vida cotidiana y económica» (p. 15). El golpe de Pinochet o la desintegración de la URSS fueron algunos de los *shocks* históricos aprovechados por el neoliberalismo para imponer por la vía rápida los dogmas de los *Chicago boys*, como nos reveló Naomi Klein. Ahora el libro de Riechmann y Al-

mazán nos explica cómo el impacto no previsto de una pandemia está siendo usado para imponer, sin el más mínimo debate público, una digitalización forzosa en una sociedad que, si hay algo que no necesita en estos momentos, son procesos que la conviertan en menos resiliente aún de lo que es, porque como enuncia el título de uno de los apartados del libro «el crecimiento de la tecnología únicamente puede ser fuente de colapsos ecológicos y sanitarios» (p. 20).

La COVID-19 «ha sido la oportunidad perfecta para reforzar nuestra dependencia de las herramientas informáticas y desarrollar muchos proyectos económicos y políticos previamente existentes», y no precisamente proyectos emancipadores o ecológicos, cabría aclarar. La escasa contestación social ante este *shock* se debe, en buena medida, a que aún no somos mayoritariamente conscientes del proceso de colapso ecosocial. «La pandemia actual debería incitarnos a transformar radicalmente» nuestras sociedades insostenibles, advierten los autores, y sin embargo la gestión público-privada de la misma está haciéndonos profundizar aún más en su insostenibilidad. O, en palabras de Riechmann: «La digitalización acelera el capitalismo, y con ello contribuye a hacer más probable el colapso ecosocial» (p. 77). Es por ello que la aplicación indiscutida de esta doctrina digital no es simplemente la enésima treta capitalista para crear nuevos nichos de negocio a costa de recursos públicos y tampoco es una solución ingenieril más a la busca de un problema. Debido al crítico momento histórico en el que se produce, el despliegue de la 5G constituye un paso más hacia nuestra autodestrucción.

Manuel Casal Lodeiro
Instituto Resiliencia

ECONOMÍA ROSQUILLA. 7 MANERAS DE PENSAR LA ECONOMÍA DEL SIGLO XXI

Kate Raworth

Paidós, Barcelona, 2018

284 págs.

Que los tiempos están cambiando era algo que ya cantaba Bob Dylan en 1964. Pese a ello, en las facultades de Economía de todo el mundo se ha seguido enseñando los mismos preceptos y supuestos desde entonces. Los cambios, al menos en el campo de la disciplina económica, van más lentos de lo esperado. Los manuales de referencia siguen siendo los de Paul Samuelson o Gregory Mankiw. Once años antes de la canción, Joan Robinson describió perfectamente el proceso de aprendizaje de los alumnos de economía: «Se le instruye a asumir todos los trabajadores como iguales, y a medir L en horas-hombre de trabajo, se le dice algo sobre el problema de números índices en la elección de una unidad de producción, y se le apresura al siguiente asunto, con la esperanza de que se olvide de preguntar en qué unidades se mide K. Antes de que él lo pregunte, se ha convertido en un profesor, y así los hábitos de pensamiento descuidado se transmiten de una generación a la siguiente».

Que cada vez vayan surgiendo más voces críticas con el pensamiento económico hegemónico parece un resultado lógico dados los acontecimientos. Las generaciones más recientes muestran su descontento al comprobar durante sus estudios cómo se van repitiendo los mismos preceptos y mantras mientras nuevas perspectivas relacionadas con la igualdad, la ecología, el feminismo, etc. se van abriendo paso en el debate público. Estas nuevas líneas de pensamiento señalan

los defectos y límites de un enfoque económico hegemónico que representa de forma pobre y sesgada la actividad económica a través de los dibujos que presentan sus manuales. Kate Raworth anima a realizar un nuevo dibujo y ofrece en esta obra argumentos sólidos y contrastados para defender una visión más orgánica y dinámica de las ciencias sociales. El valor del libro reside en la capacidad de despertar esas nuevas perspectivas de un modo totalmente inclusivo: «El verdadero avance reside, pues, en combinar lo que cada una de ellas tiene que ofrecer y descubrir que ocurre cuando todas interactúan al unísono» (p.21).

La autora nos invita a repensar la Economía, a dibujarla de un modo diferente a como se enseña académicamente. Ese ejercicio de deconstrucción, de alejarse de una perspectiva para abordarla con una mente renovada, es precisamente el paso necesario para adaptar la economía a nuestros tiempos y circunstancias: «Repensar la economía no va de encontrar la economía correcta (porque no existe), sino de elegir o crear la que mejor sirva a nuestros fines» (p.32). Esta nueva visión permite distanciarse del dibujo lineal de la economía como crecimiento para sustituirlo por uno diferente. En lugar de una línea recta creciente, el progreso está representado en una rosquilla cuyos límites están fijados por abajo por los fundamentos necesarios para la vida (alimento, salud, vivienda, igualdad, democracia, etc.) y por arriba por las limitaciones ecológicas. Entre estos dos límites se constituye el espacio seguro y justo, un espacio suficiente para desarrollar la actividad humana. La "rosquilla" fija el objetivo y construye el modelo más adecuado incluyendo todos los matices. En este caso, empezar la casa por el tejado es fácil porque se dispone de unos buenos cimientos.

En este intento de adaptación de la disciplina económica a los tiempos y problemas actuales, Kate Raworth propone siete maneras de pensar la economía para los economistas del siglo XXI: cambiar de objetivo, ver el panorama general, cultivar la naturaleza humana, aprender a dominar los sistemas, diseñar para distribuir, crear para regenerar y ser agnóstico con respecto al crecimiento. Cada uno de estos cambios se corresponde con los capítulos del libro, pero lejos de analizarse individualmente, la lectura completa deja claros muchos puntos en común.

La economía, en la teoría y en la práctica, es tratada habitualmente como un guion cuidadosamente elaborado en base a unos supuestos: la empresa innova, los mercados son eficientes y se autorregulan, el mundo financiero está situado fuera de la influencia de la economía real, etc. Ese guión debe cambiarse, junto con los roles de los protagonistas. En lugar de individualismos, se deben favorecer las conexiones; hay equilibrar el papel del Estado, del mercado y de los comunes; se debe ampliar el objetivo de las empresas, procurando el bienestar en lugar del beneficio. Para ello, es necesario la actuación conjunta de todos los actores. El individuo real se aleja de los supuestos que asume la teoría económica. El ser humano es un ser social, inmerso en el mundo en el que vive y condicionado por estímulos que eliminan las motivaciones intrínsecas. Ahí es donde radica la importancia de la estructura económica, puesto que define las inclinaciones de toda la sociedad. Mediante todos los supuestos que aplica la teoría, los sistemas tienden a simplificarse. Lo principal, remarca la autora, es dejar de pensar en la economía y en el mundo como un sistema estático y pasar a una visión dinámica. Para entender cómo funcionan los sistemas de toda índole, es necesario comprender las relaciones.

La importancia de las relaciones aparece de manera destacada en el libro. Especialmente en el momento en el que la autora defiende una economía distributiva y regenerativa por diseño. El diseño desde cero es más apropiado que un sistema de redistribución que intenta suavizar errores de base. Si la desigualdad o el daño ecológico son concebidos como un análisis de coste/beneficio o un daño colateral que ya será corregido (o no) por la inercia del sistema, no se está solucionando el problema. Se señala la importancia de combatir la desigualdad y el daño ecológico desde el origen, no con mecanismos de redistribución o a través de supuestos. Un marco jurídico puede ser simplemente una manera de comprar el derecho a deteriorar el planeta con el proceso de producción. Uno de los puntos fuertes del libro es precisamente no limitarse a ese marco jurídico de minimizar el daño ecológico y social y plantear la necesidad de redimensionar y redirigir la producción. El objetivo no deber ser hacer el menor daño posible, sino distribuir de forma más justa y regenerar lo que ha sido destruido, y para ello son absolutamente necesarias las redes de conocimiento y de bienes comunes tanto como la acción colectiva de empresas, trabajadores, Estado y mercados para redefinir el modelo de negocio, llegar a una economía circular de código abierto y utilizar indicadores vivos y no estáticos de sostenibilidad.

Una vez replanteados estos factores, la autora señala que no tendrá ningún sentido ligar el desarrollo de la economía y los aspectos sociales a los movimientos del PIB. Desde que se asumió el PIB como de bienestar y progreso, este ha tomado la forma de una línea exponencialmente ascendente, subestimando los daños sociales, ecológicos y económicos que conlleva. No se trata de ascender por la línea del PIB, sino de permanecer en el espacio seguro y justo. El crecimiento debe ser un medio y no un fin como se establece ahora, aun poniéndole diversos adjetivos con cierto olor a marketing: crecimiento verde, sostenible, etc.

A lo largo del libro, Raworth señala la importancia de repensar estos aspectos para redefinir la economía como disciplina, y lo hace de una manera clara y divulgativa, adoptando un lenguaje real y común, alejándose de explicaciones convencionales y tecnicismos. Un manual de economía debe valorarse por su capacidad de explicación y de estimular el pensamiento y este libro consigue ambos objetivos de una manera amena y precisa.

Pedro Redondo Morales

Máster en Economía Internacional y
Desarrollo de la UCM

CUADERNO DE NOTAS



UN PARAÍSO EN EL INFIERNO

Rebecca Solnit

Capitán Swing, Madrid, 2020

453 págs.

Durante la primera ola de la COVID-19 surgieron redes de solidaridad para la distribución de alimentos a hogares sin recursos en muchas ciudades españolas. En enero de 2021, tras una nevada histórica que dejó bloqueada a media España, numerosas personas ofrecieron sus autos todoterreno de forma espontánea para trasladar a hospitales los casos urgentes. Son solo dos ejemplos de solidaridad y ayuda mutua. Rebecca Solnit muestra en su libro *Un paraíso en el infierno* que no se trata de casos aislados, sino que forman parte de una tendencia a la ayuda que brota en la sociedad cada vez que tienen lugar desastres o emergencias.

En este libro, basado en una investigación de hechos históricos, la autora ofrece un repaso de cómo se ha movilizizado la sociedad civil en diferentes catástrofes a lo largo de un siglo, desde el terremoto de San Francisco en 1906 al huracán Katrina en Nueva Orleans en

2005. En todos los casos de desastre estudiados por Solnit, la gente corriente se echó a la calle mucho antes de que lo hicieran las instituciones para poner en marcha mecanismos de ayuda después del desastre: socorriendo a las víctimas aun a riesgo de su propia vida, proporcionando cobijo a quienes habían perdido su hogar, alimentando en comedores populares a las personas afectadas durante semanas, y así lograr paliar los primeros impactos. La llegada de la ayuda institucional días o semanas después se produjo, por lo general, a través del uso de la fuerza, la criminalización de la ciudadanía –incluso de quienes se habían volcado en la ayuda– y medidas de control y desmantelamiento de los mecanismos de asistencia.

El puzzle resultante de las piezas presentadas por Solnit cuestiona, y mucho, los supuestos más sombríos de pesimismo antropológico presentes en la historia del pensamiento político desde Hobbes hasta Hardin, pasando por quienes propugnan que la naturaleza humana se encapsula en la idea del *homo economicus*, centrado primordialmente en servir sus propios intereses. Como exponen las reconfortantes historias recogidas por Solnit, los seres humanos muestran de forma consistente una inclinación espontánea a la ayuda, incluso en contra de los “intereses” propios. Lo cual no significa, claro está, que sea la única inclinación, ya que el ser humano se mueve en el amplio rango entre la cooperación y la competencia.

Cuatro décadas de neoliberalismo han llevado al paroxismo el relato del persistente egoísmo humano, concebido, por primera vez, como un rasgo positivo y “natural”. Ese relato ha contribuido a debilitar los

vínculos relacionales y el capital social. Ante tal realidad, este libro —que ve la luz en español de la mano de Capitán Swing una década después de su publicación original en inglés— resulta un necesario contrapeso. Nos congratulamos de la oportuna aparición de este libro imprescindible en un momento de concurrencia de desastres. La aportación de Solnit contribuye a poner bases sólidas para un relato alternativo de la naturaleza humana, más amable y quizá más genuino. Ahora son más necesarias que nunca narrativas esperanzadoras y cariñosas del ser humano y su capacidad de unirse para superar crisis.

FUHEM Ecosocial



Y AHORA YO QUÉ HAGO

Andreu Escrivà

Capitán Swing, Madrid, 2020

158 págs.

Decir que el cambio climático no es ya una cuestión de futuro sino de presente es ya casi una obviedad. Cada vez que se revisan los datos disponibles sobre calentamiento global se subraya que las estimaciones han sido conservadoras; pero

también es cierto que la cuestión se agrave sustancialmente si globalmente seguimos la misma trayectoria en la que los impactos no suceden con la misma progresividad, sino que pueden acelerarse de golpe, en cascada, tal como nos alerta la comunidad científica.

¿Qué nos está impidiendo actuar? ¿Qué podemos hacer como sociedad y como individuos? Estas son las preguntas a las que trata de responder Andreu Escrivà en su último libro, científico y divulgador que actualmente dirige el Observatorio del Cambio Climático en la fundación València Clima i Energia. Si bien son muchas las publicaciones que ahondan en el oscuro horizonte que se perfila ante nosotros y nosotras, Escrivà prefiere plantearlo al revés, desde el lado de las oportunidades que luchar frente el cambio climático nos brinda para repensar todo aquello que está roto en la sociedad actual, para reformular espacios y tiempos, vidas y futuros.

Andreu Escrivà nos propone que, en vez de recrearnos en distopías posapocalípticas, pongamos las energías en imaginar y construir colectivamente otros escenarios. Y esto pasa indudablemente por cambios sustanciales en nuestros modos de vida, sabiendo que gran parte de lo que podemos tejer como colectivo empieza en lo personal, pero no como una mera adición, sino como un proyecto compartido y teniendo muy presente que el cambio climático es un problema social, económico y político, pese a haberse tratado principalmente desde la vertiente ambiental, científica y tecnológica.

Y ahora yo qué hago realiza un recorrido —de lectura amena a la par que reflexiva— que va desde los bloqueos psicológicos y sociales que nos impiden tomarnos esto suficientemente en serio, como por las razones por las que somos capaces de aga-

ramos a cualquier clavo ardiendo para evitar la acción, para terminar planteando líneas de acción, de lo individual a lo colectivo en las que, más allá de los cambios que habitualmente se nos proponen para atajar la crisis ambiental, adquieren relevancia otras cuestiones como la construcción de igualdad, la mejora de condiciones de vida, sueldos y tiempos, las redes de cuidados o la apelación a valores como la austeridad bien entendida, la fraternidad, la cooperación, la empatía, la paciencia o la solidaridad para promover transformaciones sociales.

FUHEM Ecosocial



ECO ANSIAS SALIMOS DE UNA CRISIS, NO CAIGAMOS EN OTRA

Irene Baños

Ariel, 2020

255 págs.

Las profundas y complejas crisis climática y ecológica que están desestabilizando la salud de los ecosistemas del planeta y de las personas que vivimos en él generan mucha intranquilidad y preocupación,

como es lógico esperar, sobre todo entre quienes demuestran más sensibilidad con respecto al alcance de los nefastos impactos, así como la capacidad de poderlos contrarrestar, y también entre aquellos que sienten la responsabilidad y el miedo de estar hipotecando, con determinados comportamientos, el futuro de las generaciones venideras. ¡Qué ansias o, mejor dicho, qué eco-ansias!

El contenido de este libro cuenta la historia y las preocupaciones de Irene Baños, una periodista especializada en temas ambientales, cuenta su experiencia y la construcción de esta “conciencia ecológica” que, sin embargo, y como reconoce la misma autora, podría ser la historia de cualquier persona que mira de forma no miope y con sensibilidad crítica, pero no paralizante, la gran crisis multidimensional que estamos viviendo y que, muy posiblemente, sufrirá un aumento en la intensidad de sus consecuencias negativas en un futuro no muy lejano.

De una forma amena, con una técnica narrativa realista y desparpajo, a través de preguntas a expertos, gran cantidad de datos, análisis específicos, etc. la autora nos recuerda que vivimos un momento decisivo y que, por desgracia, los problemas no desaparecerán con el fin de la COVID-19. De hecho, muchos de los problemas ya estaban ahí: por ejemplo, el cambio climático, la pérdida de polinizadores, las amenazas a la biodiversidad, etc. y seguirán estando ahí si seguimos haciendo como si no pasara nada o seguimos buscando soluciones simplistas a problemas complejos. Para la crisis ecológica no existen vacunas, y puede que muchas de las soluciones tecnológicas más innovadoras al final sean solo en un espejismo. Y en ese sentido, si seguimos como ahora, ¡en cuanto salgamos de una crisis es inevitable que caigamos en otra!

¿Y ahora qué compro? ¿Estaré haciendo lo correcto? ¿Por qué tengo que dejar de comer carne mientras otros viajan en su avión privado? ¿En qué plásticos están envueltos los alimentos? ¿qué impactos tiene la camiseta que he elegido? ¿qué consecuencias tienen los lujos que estamos normalizando en las sociedades más opulentas?

Con estas inquietudes como telón de fondo, mejor dicho, estas ecoansias con las cuales lidiar, Baños nos invita a ser parte activa de la solución, desde el sentido común, sin dar con fórmulas mágicas, ni con soluciones unívocas, sin pretender dar recetas, sin buscar la perfección en las respuestas. El suyo pretende ser un llamamiento a la acción.

“...no podemos dejar que lo perfecto sea enemigo de lo bueno”, es una frase que resume todo el pragmatismo bien intencionado de la autora, para que los individuos nos organicemos, para que nos hagamos oír mejor. En ese sentido, Baños reconoce un papel central y un gran poder a la responsabilidad y capacidad individual de cada uno de nosotros para cambiar las cosas, pero quizás de un modo un tanto inocente. Sin negar aquí la importancia de ser individuos críticos, conscientes, solidarios y comprometidos, hasta que el engranaje del sistema capitalista no se rompa, quizás será muy difícil salir del mero reformismo e intentar ser más radicales en la búsqueda de soluciones realistas y verdaderamente rompedoras.

Y eso, sin pretender buscar recetas perfectas, sino intentando buscar soluciones que se dediquen a atacar las causas y no solo los síntomas de la enfermedad.

“Las empresas están empezando a reaccionar ante la presión de los consumidores que exigen productos más sostenibles, y así, sí se puede motivar el cambio. Así, y votando, porque el cambio tiene que ir acompañado de políticas de apoyo”, escribe la periodista. Quizás, apartando un poco ese eje de pragmatismo un tanto ingenuo que, a veces, sigue inconscientemente la lógica que el sistema quiere que sigamos, siendo los falsos protagonistas de cambios cosméticos, habría que recordar que ese cambio, justo y sostenible para todos y todas, tendría que ser impulsado y exigido por la política a través de un papel activo, y no parasitando procesos impuestos y controlados por otros actores. ¿Nosotros de verdad tenemos ese poder de empezar el remolino que lo cambia todo? Combatir los espejismos significa combatir, por ejemplo, el buenismo de lo bio, aconsejar o discutir sobre otros modelos o pautas alternativas de consumo que se salgan de lo convencional, pero sin perder nunca de vista que, para mucha gente, esas pautas o esos modelos siguen siendo inalcanzables y marginales, que no tienen libertad de elegir y, sin embargo, esto debería ser, dentro de lógicas no capitalistas, un derecho para todas las personas.

FUHEM Ecosocial